Miquel Amorós

DOS TEXTOS MAGISTRALES:

El pensamiento radical hoy
ANTIDESARROLLISMO VS DECRECIMIENTO

miquelam@hotmail.es

Colección: Bibliografía/Reseña. Clásicos Mínimos.
Fecha de Publicación: 19/05/2017
Número de páginas: 13
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola**.**

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

El pensamiento radical hoy

Presentación de *El Manifiesto Comunista* y de *El Abismo se repuebla* en la librería Anònims, de Granollers, 2 de marzo de 2017

Un venturoso azar me ha llevado a prologar las últimas reediciones
de dos clásicos de la crítica social.
El ***Manifiesto*** se publicó por vez primera en 1845.
cuando el proletariado era apenas real;
el ***Abismo***, en 1997, cuando el medio obrero había sido fagocitado por la mercancía.

El libro de Jaime Semprun cierra, pues, el periodo en el que la clase obrera
figuró en el centro de todo plan revolucionario.
Su verdad viene a desprenderse de un balance final y, al mismo tiempo,
de una anticipación.

La verdad completa, finalidad del pensamiento radical

Kant decía que **la verdad era la coincidencia del conocimiento con su objeto**;
Hegel completaba la definición en sentido objetivo llamando **verdadero**
a aquello cuya realidad se hallaba en consonancia con su concepto,
o sea, con su expresión teórica.
La verdad completa, incluso en sus aspectos menos atractivos,
sería la finalidad del pensamiento radical en cualquier momento,
el pensamiento que no hace concesiones, que va a la raíz.
Particularmente hoy, cuando la verdad resulta desagradable para todos
y muy poco aprovechable para la simulación y el acomodo.

Producción masiva, nocividad y amenazas

Objetivamente, la producción masiva y descontrolada de nocividad
acarrea una multitud de amenazas desconcertantes que afectan
a la supervivencia misma del género humano.
Subjetivamente, el deterioro de los vínculos sociales que fortalecían al individuo,
el parentesco, la vecindad, la solidaridad de clase,
han producido personalidades frágiles, vulnerables y perturbadas.

Aunque el desarrollo de las fuerzas productivas haya sido intenso,
ni la base material de un régimen igualitario se ha producido,
ni hay clase obrera capaz de dominarlos.

Si las relaciones entre la naturaleza y la sociedad se han desequilibrado
y si los lazos colectivos han sido cortados, el resultado no ha sido libertad,
sino soledad y miedo. El mundo no se vuelve más acogedor,
sino más hostil y amenazante.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

La sociedad de masas, hacia el desastre

Ciertamente la sociedad de masas camina directa al desastre
y nadie espera gran cosa del futuro, que es como decir del progreso,
pero ya que los intereses de la masa asalariada se identifican
con la racionalidad progresista, con el desarrollismo capitalista,
todo el mundo prefiere ilusionarse con una salvación milagrosa
que solamente puede venir de la mano de un Estado protector,
por más que los paliativos aplicados no hayan hecho más que acelerar
la llegada de catástrofes.

El sujeto de la historia, ha desaparecido

El sujeto de la historia, el agente portador
de un proyecto de transformación social positivo y liberador, no existe,
ha desaparecido.

La clase obrera ya no es más que un lugar común recurrente
a la hora de las negociaciones laborales.
Una abstracción sin sustancia ni presencia, una no-clase.

Los avances tecnológicos han vuelto superflua la fuerza de trabajo
en amplias áreas de la producción. El capitalismo se ha adueñado
de todas las relaciones entre los individuos, sobre todo de las más íntimas;
la ley del beneficio privado y la acumulación de poder
rigen los destinos de una población que sufre constantes amputaciones
por imperativos de la economía y el aparato político.

La exclusión, cada vez de sectores más amplios

En efecto, la exclusión alcanza a sectores cada vez más amplios
hasta el punto de que el volumen de la población residual sobrepasa
la capacidad de los dirigentes en la gestión de excedentes.
Las grandes urbes se ven impotentes ante tanta basura imposible de eliminar o reciclar.
La sociedad perecerá ahogada en sus propios productos de desecho.
Ese horizonte explica la deriva autoritaria de los Estados,
el concepto penal de enemigo, el endurecimiento punitivo,
la multiplicación de los mecanismos de control y el cierre de fronteras.

Paralelamente, se produce el ascenso de los vicios propios
de una población acobardada y frustrada, como la xenofobia, el racismo,
la intolerancia, la delación, el egoísmo, la agresividad, el odio, el electoralismo...

La sinrazón ha tocado techo y la lucidez ha tocado fondo.
La crítica social apenas existe y se desenvuelve en condiciones
que la hacen prácticamente incomunicable.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Del desarrollo y el progreso a la barbarie

La locomotora del desarrollo y del progreso conduce a la barbarie.
Lejos de desaparecer, las revueltas se hacen cada vez más presentes,
concentradas o difusas, en el centro o en la periferia,
y de alguna manera forman parte del paisaje.
Los medios de comunicación ponen su grano de arena.

La insurrección ha llegado, pero no es portadora de razón sino de caos.
Su nihilismo no es más que el reflejo del nihilismo dominante.
En absoluto anuncia la aparición de un nuevo sujeto revolucionario,
liberador de los oprimidos. Las algaradas de las periferias urbanas
no reivindican un cambio radical que vuelva la sociedad justa y habitable para todos;
se limitan a reconstruir imágenes especulares de la dominación.

Patriarcalismo, jerarquías, fanatismo religioso y étnico, practicas mafiosas,
pulsión de muerte...

Las masas relegadas en los suburbios abismales de un suburbio total,
son forzadas a reaccionar de forma esporádica, confusa e inconsciente,
consumiéndose en su propio estallido, sirviendo a la vez de enemigo propicio
y de chivo expiatorio para el Estado.
En cierto modo justifican la implantación de medidas de excepción,
que no sólo serán empleadas contra ellas, sino contra movimientos subversivos
más incisivos y por lo tanto más peligrosos.

El caos nunca produce revoluciones, antes bien, escenarios mafiosos,
policiales y militaristas.
Por eso al Estado y a la clase dominante les puede salir a cuenta
su mantenimiento controlado, puesto que así cierran
salidas violentas de la crisis auténticamente revolucionarias.

Falsa conciencia y conciencia que no coincide con la realidad

Tampoco los movimientos sociales surgidos en las luchas urbanas
o en la defensa del territorio contribuyen a la formación del susodicho sujeto.
Lo habitual es que funcionen dentro de una economía no criticada
y se autoimpongan tantas limitaciones que al final queden desactivados.
Son reflejos del triunfo del capitalismo y la generalización de la falsa conciencia,
de la conciencia que no coincide con la realidad.

Por eso se hace más urgente la crítica social verídica, el pensamiento radical.

Sin teoría crítica, igual que sin memoria, sin acumulación de experiencias,
sin federación de protestas, ningún movimiento puede romper con lo existente,
elaborar una estrategia eficaz y forjar un proyecto propio de transformación social.
Las condiciones son desfavorables a más no poder,
pero los hechos exigen razones, una reflexión productiva que sirva

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

para avivar los rescoldos de la revuelta.

Un nuevo sujeto revolucionario

Cerrado el ciclo de la clase obrera tradicional, el nuevo sujeto revolucionario
no será una "ciudadanía" de votantes de clase media,
sino una colectividad de combatientes nacida de la descomposición
pero dispuesta a plantarle cara sin abolirse en ella.

Sin ilusiones para una vieja utopía burguesa

Que acaben las ilusiones. Por más que se exagere la perspectiva,
la autosuficiencia alimenticia en un pueblo aislado no es indicio de tránsito
hacia una sociedad liberada.
No hay espacios a reconquistar dentro del capitalismo,
y menos con la ayuda del Estado.

La idea de construir una economía paralela a base de cooperativas,
huertos y grupos de consumo desde la que ir desplazando
lenta y pacíficamente al capital es una vieja utopía burguesa.

La burguesía histórica inició su ascenso de esta manera,
adueñándose de la economía, pero eso no le ahorró insurrecciones.

La monarquía absoluta y la aristocracia no soltaron el poder por las buenas
aunque carecieran de capitales.

El problema no es simplemente económico: es una cuestión cultural, o mejor,
un rearme moral, en el sentido de valores, normas de conducta e ideales de lucha.

No se trata de sobrevalorar una práctica que únicamente se encamina
a gestionar las crisis, a limitar su alcance o simplemente a subsistir,
sino de desencadenar un proceso revolucionario.

Además, por otra parte, no se considera la fuerte tendencia
de ese tipo de economías hacia la formación de burocracias profesionales
y hacia la componenda administrativa.
Las zonas liberadas son espejismos, sobre todo en el campo.
Más bien son zonas temporalmente abandonadas por el capital,
terreno de reserva de rentabilidad insuficiente.

Un territorio liberado incubado por una cultura de resistencia a ultranza

Un territorio liberado, bien sea en los barrios urbanos o en las aldeas rurales,
depende de una correlación de fuerzas favorable a la liberación,
y esas fuerzas han de haber sido incubadas en una cultura de resistencia a ultranza.

Un retroceso de la dominación, un vacío de poder lleva a una situación de esa clase.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Por otro lado, las crisis alientan la proliferación de esos vacíos.
La revolución arrancará si los llena.

Pero, para entonces,
¿estarían los espacios pretendidamente autónomos dispuestos a ensancharse
colmando ese vacío?, ¿estarían los colectivos
autodenominados autogestionarios suficientemente en simbiosis
con las luchas radicales y preparados para impulsarlas
en la dirección revolucionaria?

Miguel Amorós

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

ANTIDESARROLLISMO VS DECRECIMIENTO

El título de la conferencia puede parecer extraño,
puesto que tales nociones en apariencia son cercanas.

Antidesarrollismo como crítica social versus decrecimiento como fórmula de estabilización

La confrontación de ambas ideas se entendería mejor si se presentaran
como lo que realmente son,
la crítica social actual del moderno capitalismo
y una determinada fórmula de estabilización ecológico-administrativa del mismo.

Las dos tratan sobre la crisis del régimen capitalista,
pero una como enemiga y la otra como readaptadora.

En efecto, el antidesarrollismo es uno de los apelativos que recibe
la crítica de la globalización capitalista desde la óptica de las luchas en defensa
de los barrios y del territorio no urbano,
mientras que el decrecimiento es un catecismo de orientaciones y medidas
con el que afrontar la exclusión y hacerla compatible con ella.

El primero tiene como eje la crítica de la ideología del progreso;
el segundo, parte de una crítica al crecimiento ilimitado de la economía.

Uno es eminentemente negativo, cobra vida en el fragor de los enfrentamientos
con el sistema al que pretende abolir; es fruto, pues, de activistas que teorizan.
El otro es fundamentalmente positivo, nace en los despachos
de la universidad y de la administración y, por consiguiente,
es un producto de expertos y funcionarios que en absoluto aspiran
a subvertir ningún orden.

Las referencias del antidesarrollismo son la Asamblea AntiTAV de Euskalherria,
la ZAD de Nantes, la movilización contra la central nuclear de Lemoiz
o la ocupación de pueblos amenazados por la presa de Itoiz.
El decrecimiento señalará en cambio las ecoaldeas, las monedas sociales,
los grupos de consumo y las cooperativas integrales.

Acumulación neurótica de capital y antidesarrollismo

La crítica social contemporánea descubre en la acumulación ampliada de capital
una necesidad de crecer arrolladora que condiciona y esclaviza
toda la actividad humana, genera enormes desigualdades,
agota los recursos naturales y destruye el planeta.

Es antidesarrollista en cuanto que el desarrollo es el arma principal del capital
y el responsable de su obra aniquiladora.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Planta cara ante los nuevos problemas que se presentan, como por ejemplo,
la destrucción del medio obrero de las ciudades,
la erradicación de la agricultura tradicional y los saberes campesinos,
la crisis ecológica, la función desestabilizadora de la tecnología
en tanto que principal fuerza productiva y herramienta colonizadora de la vida,
la imposible autogestión de una economía mundial terciarizada,
la dificultad insuperable de organizar una clase sin conciencia de sí misma,
en fin, *last but not least*, la fusión entre la industria y la vida,
la política y la economía, el Capital y el Estado.

Trata de forjar una teoría de la sociedad desde una perspectiva histórica de luchas
que sirva para agudizar el sentido estratégico de sus rebeldes protagonistas.
Quiere comprender y explicar la realidad yendo al fondo de las cosas,
a la génesis histórica de los fenómenos sociales y los conflictos que evolucionan
en contextos cambiantes a gran velocidad.

Y no tiene otra finalidad que suscitar la creación de una fuerza social cohesionada
capaz de derrocar el sistema de explotación y derribar el ordenamiento político,
jurídico y social vigente.

Se encamina a poner en marcha un proceso revolucionario.

Decrecimiento y cambio de mentalidad

El decrecimiento es una doctrina positiva que persigue
un cambio de mentalidad en las masas
y pregona unas prácticas “ambientalmente correctas” de producción y consumo
dirigidas a la creación de islotes cooperativos dentro de la sociedad capitalista.

Sus postulados son semejantes a los de otras propuestas
como el crecimiento cero, la agricultura biológica,
la soberanía alimentaria o la economía social.

No adopta una postura beligerante con la política y las instituciones,
que o bien ignora, o bien aprovecha,
ni contra el mismo régimen capitalista, para el que busca una puerta de salida
que no altere la paz y tranquilidad de las gentes. No quiere enfrentamientos,
ya que su éxito no depende de la acción anticapitalista de una clase,
sino de la fe que inspiran sus directrices salvadoras en los “objetores” al crecimiento,
así como del altruismo que despiertan en los dirigentes.

Su estrategia se reduce a predicar con el ejemplo y suscitar debate
en todos los partidos, sindicatos, organizaciones ciudadanas y movimientos sociales.
Se trata más bien de un cambio evolutivo desde dentro,
limitado a los partidarios de la frugalidad adscritos a redes de intercambio.
Constituye una fórmula de supervivencia marginal
yuxtapuesta a los modos convencionales, pero sin competir con ellos.
Sin embargo, llega a presentarse de manera grandilocuente como embrión
de una sociedad autogestionada, base de un contrapoder popular

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

o modelo de vida libre y soberana.
Se supone que una progresión acumulativa de experimentos locales
conduce en línea recta y sin desviarse un ápice de la vía no violenta
hacia la autogestión mundial.
Y si la palabra revolución sale a relucir, no se alude con ella
a ningún cambio brusco, radical y violento en la política o la economía
como pudiera ser por ejemplo la abolición del Estado o del dinero,
sino al resultado de la aplicación pacífica, lenta y paulatina
de los principios decrecentistas en sectores importantes de la producción.

Siendo una creencia reciente, no se interesa por la historia
más que para dotarse de una genealogía *post festum* confeccionada
con patrones descontextualizados de experiencias mutualistas.
Las cruentas batallas libradas contra la explotación no son de su incumbencia.

Revolución versus construcción de economía intersticial

Crítica social revolucionaria y decrecimiento se desenvuelven en espacios diferentes,
la una en el de la subversión social,
el otro, en el de la construcción de una economía intersticial, ni pública, ni privada.

La confusión se produce cuando algún autor intenta renovar
la estrategia de un partido u organismo sindical mediante la amalgama
de elementos críticos dispersos y recetas decrecentistas.

En el medio libertario, la fórmula “sindicatos más cooperativas”
vendría a ser un ejemplo de ello, que por otra parte no es nuevo,
ya que ha sido objeto de discusión en diversos momentos de la lucha de clases.
Es síntoma de retroceso y de ausencia de objetivos finales,
típica de un periodo de extrema decadencia, donde el comunismo libertario
ha dejado de ser un ideal cercano casi palpable y ha sido confinado
en el limbo de las abstracciones.

Los anarquistas seducidos por profesores de economía han perdido la memoria,
lo que constituía su mayor patrimonio, su cultura y la brújula con que orientarse.

En el siglo XIX, ya se planteó la disyuntiva en términos
de “cooperación” o “resistencia”, o sea, de trabajo e inversión o huelga y sabotaje.
No son polos que se excluyen mutuamente, pero conviene reafirmar
que, si nos trasladamos al combate social, el lado negativo
prima siempre sobre el positivo. Otra cosa sería “el día de después”
de una revolución triunfante, cuando procediera la reconstrucción
de un orden justo y equitativo. De todas formas, hoy,
cuando el trabajo y el consumo de mercancías conforman la vida
de casi toda la humanidad, es decir, cuando todo el mundo
es trabajador y al mismo tiempo consumidor,
es muy probable que la construcción de un sujeto colectivo capaz de negar su condición
y enfrentarse a la clase responsable de ella no pueda realizarse en el mercado laboral

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

en forma de sindicato o consejo, pero mucho menos lo hará
en la esfera del consumo buenrollista bajo el aspecto de una cooperativa
o una red de distribución.
En las actuales circunstancias históricas tales estructuras
son puramente formales y carecen de vida.

Son medios a los que el pragmatismo ha convertido en fines.
La cuestión social emerge en otra parte.

Nosotros los antidesarrollistas…

Nosotros los antidesarrollistas habíamos aplaudido la vuelta al campo
en busca de una vida menos constreñida por la mercancía
con tal de que no se separara de la defensa del territorio, tanto urbano como rural.

Sosteníamos que, dada la dimensión extractivista del capitalismo global,
el territorio cobraba una importancia mayor como factor de crecimiento,
por lo que de su defensa podía surgir una comunidad de lucha
con posibilidades de desarrollarse y radicalizarse.

No solo la parálisis de cualquier operación proyectada (una central energética,
una macrourbanización, una gran infraestructura viaria, etc.),
sino la simple producción directa de alimentos esquivando los circuitos
de la industria alimentaria, tocaba el corazón de la economía y cuestionaba
todo el sistema de dominación, cosa que no sucedía ya en los conflictos laborales.

El ejemplo almeriense del “mar de plástico” vendría a demostrar
todo lo que un complejo agroindustrial es capaz
en materia de destrucción ecológica, degradación social y corrupción política,
máxime si viene del brazo de la especulación turístico inmobiliaria.

Por otro lado, pensábamos que las relaciones de vecindad
establecían lazos más fuertes que las relaciones de trabajo,
fomentando así un espíritu comunitario no desdeñable.

No obstante, tales luchas se han acostumbrado tanto a autolimitarse
por cuestiones tácticas u otras menos honorables,
que ya no cuestionan en lo más mínimo el sistema contra el cual pelean.
Incluso acaban reforzándolo al controlar sus arbitrariedades más repugnantes.
El chantaje de los puestos de trabajo a una población pobre y desmoralizada
culminan el operativo. Véanse los derroteros circulares
de las plataformas ciudadanas contra cualquier nocividad.

En ese sentido, la defensa del territorio no se diferencia demasiado
de las cada vez más inocuas disputas laborales.
Si sacamos balance de tres décadas de resistencia territorial,
los resultados son decepcionantes. La causa que motiva la inanidad creciente
de la defensa del territorio es la misma que la responsable de la insustancialidad
de las luchas por el empleo. Es una cuestión cultural.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Cultura, cultura obrera, cultura urbana frente a cultura aristocrático-burguesa

Nos explicamos. **Por cultura entendemos**
el conjunto de conocimientos, valores y normas que confieren a un grupo social una determinada sociabilidad y una identidad concreta.
Así pues, hablamos de cultura obrera al referirnos a una determinada concepción del mundo y de la sociedad propia de la clase obrera, nacida en los albores del capitalismo y desarrollada en pugna con él.
No tiene nada que ver con la gran cultura, de raigambre aristocrática y burguesa, pero mucho con la cultura popular urbana, de la que es heredera.

La muerte de la cultura obrera y el "ciudadano"

Pues bien, la cultura obrera muere con la segunda revolución industrial, la que se extiende a la formación y la comunicación poniendo en pie grandes aparatos educativos y una verdadera industria cultural.
Cuando la clase obrera deja atrás la penuria por un bienestar semejante al de las clases medias, abandona su modo de vida característico y adopta un estilo de vida consumista, perdiendo uno a uno todos sus valores morales y viendo cómo se desvanecen sus modelos de conducta tradicionales.
El hedonismo, el utilitarismo y el encierro en la vida privada colman el vacío existencial provocado por la pérdida del sentimiento de pertenencia a una clase, dando al final un individuo aburguesado, narcisista, propenso a la neurosis, timorato y, por lo tanto, manipulable.

Nos referimos a lo que hoy en día los dirigentes y sus lacayos denominan "ciudadano".

En el estado español el proceso comenzó en la última etapa del franquismo, con la televisión y el automóvil utilitario, culminando al final de los años ochenta del pasado siglo, los de la democracia felipista, con la propiedad de la vivienda y los primeros ordenadores personales.
El desarrollismo típico de la Dictadura desbordó el marco clerical-fascista que encuadraba la cultura del poder, pero al mismo tiempo hizo trizas el marco obrerista. Los partidos y sindicatos legalizados hicieron el resto.
La derrota del movimiento asambleario de los setenta y la generalización de la sociedad de consumo exterminaron la vieja cultura obrera, capaz de resistir la represión más feroz, pero incapaz de hacer frente a la falsa tolerancia paternalista típica del nuevo orden político y a la cultura del entretenimiento de masas sobre la cual dicho orden se asienta.

…masas sin voluntad ni determinación y cada vez más temerosa…

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Mientras las perspectivas revolucionarias desaparecían,
el capitalismo siguió su curso hasta socavar las bases sociales
que habían asegurado su triunfo y trabar el desarrollo del amplio sector mesocrático.
La revolución había sido conjurada por mucho tiempo, pero las clases medias
no se resignan ahora mansamente al sacrificio:
la formación de nuevos partidos y "confluencias" de izquierdas,
nacionalistas o de derechas, indica que dichas clases juegan una última baza
a favor de la partitocracia. El relativo éxito electoral
les concede un papel en la gestión de la crisis a la vez que cierra
su ciclo de protagonismo, más bien corto.
En adelante la reacción mundial se pertrecha para una guerra
que está librando en la periferia y de forma subrepticia en el centro.
La represión se ha vuelto ciencia y doctrina.
¿Cómo podría ser derrotada por unas masas sin voluntad ni determinación
y cada vez más temerosas?

Recreación de una cultura de lucha

Empecemos atacando por el flanco. La crítica social radical
entiende que sin la recreación de una cultura de lucha,
de unos valores, unos ideales y unos modelos conductuales
opuestos a los de la dominación, no es posible la reaparición
de un sujeto autónomo anticapitalista.

La revolución social es más que nunca una revolución cultural.

No nos estamos refiriendo a la restauración modernizada
de una cultura regional cualquiera que proporcione una identidad ficticia
a la que asirse y dote a la opresión de un tinte folclórico localista.
Tampoco a un hippismo friki como el de algunos decrecentistas.
Aún menos a las elucubraciones posmodernas paridas en la universidad
gracias a las cuales las nuevas generaciones se abastecen
de ideas y representaciones seudorradicales con las que reproducen
maquillado de rebeldía extrema el discurso posmoderno del poder.

Hablamos de otra cosa.
La combinación de la experiencia histórica anarquista,
la propaganda por el hecho cotidiano y el ejemplo que hoy aportan
las luchas de las comunidades pobladoras e indígenas latinoamericanas
no tiene precio: la larga resistencia no hubiera sido posible
sin una cultura vernácula que no se hubiera conservado vigorosa al paso de los años.

En los países colonizados por el espectáculo cultural de la dominación,
las luchas sociales, ocurran en el campo laboral, en el de la vivienda o en el territorio,
han de ser lo bastante fuertes, radicales e independientes como para romperlo.
Han de imponer condiciones que resulten favorables a la implantación
y estabilización de una contracultura libertaria resistente y emancipadora.

Crisis y vacío de poder

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Sin embargo, eso no depende de la voluntad de unos cuantos, o de muchos,
sino de la conjunción azarosa de diversos factores disolventes
que en un escenario de guerra civil produzcan un colapso de la economía
y un vacío de poder suficiente.
Las crisis sucesivas de la sociedad capitalista indican que estas situaciones
van a presentarse con mayor frecuencia.

En ellas, los combatientes no habrán de esperar nada de este mundo
y marchar dispuestos a todo en pos de otro, hecho a la medida
de sus deseos liberados.

Pero, ¡qué época aquella en que sólo el desastre universal
puede desencadenar una pasión constructiva realmente liberadora!

Miguel Amorós

Conferencias en los locales de la CNT-AIT
Almería, *el 13 de enero de 2017,*
y Adra, *el 14 del mismo mes.*

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6